

# Lo que sea de cada quien

## Luis de Llano en busca de Usigli

Vicente Leñero

Cuando volví a verlo ya había pasado mucho tiempo. Seguía tensando su cabello lacio hacia el parietal izquierdo, pero ya no traía ensartado en la boca el habano con que apestaba su oficina de Televisión en avenida Chapultepec. Con él trabajé en aquel entonces convirtiendo novelas clásicas en teleteatros de cinco capítulos que dirigía Fernando Wagner: *La dama de las picas*, *Crimen y castigo*, *El príncipe idiota*... Ese príncipe idiota que nada tenía que ver —murmuraba socarronamente el maestro Wagner durante las grabaciones en el estudio Q— con Emilito, el heredero absoluto de don Emilio Azcárraga Vidaurreta.

—Jo jo —reía Wagner—, el príncipe idiota.

Por diferencias precisamente con Emilito, Luis de Llano abandonó el consorcio televisivo durante muchos años. Ahora había vuelto, ya viejo, luego de restaurar heridas y resanar malos entendidos. Le dieron una arrinconada oficina en Televisa San Ángel donde planteaba una telenovela inspirada en *Casi el paraíso* de Luis Spota y la resucitación de los teleteatros.

Ahí fui a visitarlo, a recordar tiemposidos, a charlar con quien fue motor importante del crecimiento de Televisión, luego convertido en la arrogante Televisa.

Sonó el teléfono, Luis de Llano levantó la bocina. Lo necesitaban con urgencia en uno de los foros y me pidió acompañarlo.



Rodolfo Usigli

Mientras surcábamos la serpiente de pasillos, corredores y patios de los estudios de San Ángel, Luis de Llano me propuso regresar a trabajar con él para adaptar algunas obras de Usigli, muerto quince años antes: *La familia cena en casa*, *Medio tono* y *El niño y la niebla*. Quería grabarlas como un homenaje a quien fue el padre del teatro mexicano moderno, decía. Porque ya nadie se acuerda de él, porque los idiotas que tra-

bajan aquí no tienen la menor idea de quién fue Rodolfo Usigli.

—Claro que saben de Usigli —repliqué.

—Para nada —dijo Luis de Llano—. Son tan ignorantes que da vergüenza. Te asombrarías de su incultura.

—Pero tratándose de Usigli...

—¿Quieres que te lo demuestre?

Hacia nosotros avanzaba un joven trajeado, de corbata amarilla, jefe del departamento literario de Televisa... o algo así, lo identificó Luis de Llano.

Ágil, sonriente, el trajeado interrumpió su recorrido saludando a trabajadores de los foros, deteniéndose a intercambiar frases con algún actor, dando un besito de cachete a una actriz. Estuvo a punto de pasar de largo, agitando la mano.

—Buenas, don Luis.

Luis de Llano lo obligó a detenerse.

—Oye, Pepe, ¿no has visto por aquí a Rodolfo Usigli?

—¿A quién?

—A Rodolfo Usigli. ¿No sabes si ya llegó?

—Creo que estaba en el estudio tres, don Luis —dijo el trajeado presumiendo de eficiente—. Si lo veo le voy a decir que usted lo anda buscando.

—Gracias, Pepe.

Mientras el trajeado se alejaba, Luis de Llano giró la cabeza para sonreírme.

—¿Lo ves? ■

Mientras surcábamos la serpiente de pasillos, corredores y patios de los estudios de San Ángel, Luis de Llano me propuso regresar a trabajar con él para adaptar algunas obras de Usigli.